

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Hijo, con mansedumbre cumple tus obras y a más de la gloria de los hombres serás amado.

Cuanto mayor eres humíllate en todas las cosas y hallarás gracias delante de Dios. Porque el poder de solo Dios es grande, y de los humildes es honrado.

No busques cosas más altas que tú, y no escudriñes cosas más fuertes que tú; mas las que Dios te mandó, piénsalas siempre y en muchas de sus obras no seas curioso. Porque no tienes necesidad de ver por tus ojos aquellas cosas que están escondidas. En las cosas superfluas no escudriñes de muchas maneras, y en muchas de sus obras no seas curioso. Porque muchísimas cosas te han sido mostradas sobre el entendimiento de los hombres. A muchos también engañó la sospecha de ellas, y en la vanidad entretuvo ella sus sentidos.

El corazón duro lo pasará mal a lo último; y quien ama el peligro perecerá en él. El corazón, que entra en dos caminos no tendrá buen suceso, y el depravado de corazón en ellos tropezará. El corazón perverso será agravado con dolores, y el pecador añadirá pecados a pecados.

La sinagoga de los soberbios no tendrá sanidad; porque la mata el pecado echará raíces en ellos, y no se entenderá.

El corazón del sabio se entiende en el saber, y la buena oveja con toda codicia, la sabiduría.

El corazón sabio e inteligente se abstendrá de pecados, y en las

obras de justicia tendrá buenos sucesos.

Al fuego ardiente apaga el agua, y *la limosna resiste a los pecados*. Y Dios es quien mira a aquel que hace bien, y acuérdate de él para lo venidero, y en tiempo de su caída hallará apoyo.

(Eclesiástico. — Cap. III, versículos del 19 al 34.)



Regeneración desde abajo.

No hay que darle vueltas; la sociedad presente pasa por una crisis que afecta a su misma esencia. Los principios inmutables sobre que se asienta este mecanismo que llamamos sociedad, han sido siempre los mismos y estos principios se han reducido a este único simplicísimo: Caridad cristiana. Caridad cristiana en los de arriba, en los de abajo y en los de en medio. En los de arriba, dando todo lo que les sobra, con todo el amor de que sea capaz su corazón; en los de en medio, dando algo de lo que quizás no les sobra, pero que no les es estrictamente necesario, con todo el amor que quepa en sus entrañas; en los de abajo, entregando todo el amor que Cristo puso en sus corazones a aquellos que los aman con el mismo amor. Hoy, ni los de arriba dan todo lo que les sobra, ni los de en medio algo de lo que no necesitan de necesidad verdadera, ni los de abajo su amor cristiano, su amor de Cristo.

Los políticos ayunos de sindéresis y de caridad obtusa, inventan el medio de dar al traste con

este edificio carcomido que se derrumba en medio de decretos y más decretos, mordiendo el polvo de papeles leguleyescos y allí en los últimos suspiros de su malhadada existencia, maldice con toda su alma a los causantes de su muerte prematura. Pero no echemos toda la culpa de este asesinato social a la política solamente. La política es quizás, y aun sin quizás, el factor principal de este crimen; pero no es el único. Hay muchos, somos muchos los que execramos la política y pusimos nuestras manos pecadoras en el desastre social que padecemos.

Oficialmente no existe ni rastro de la caridad de Cristo, privadamente, si existe, es tan endémica y tan raquítica que más bien parece caridad muerta que viva. Y la caridad muerta no es caridad: es un mito. Del elemento político no puede esperarse ese soplo vivificador que dé movimiento y energía a la caridad. Todo lo oficial es inerte, muerto.

La vida es patrimonio exclusivo del particular y del particular cristiano. Porque del cristiano según la Iglesia de Cristo, brotan esas llamaradas, esos incendios de caridad capaces de dar vida robusta a cien sociedades como ésta. ¿Queréis una prueba? La tenéis en la obra admirable de Valdecarros. Un pobrecito Cura, ardiendo y consumiéndose en el volcán de la caridad, con la intuición de verdadero vidente, analizando en sus horas de meditación subidísima la verdadera causa de la ruina espantosa de esta humanidad que se marcha a

pasos agigantados, ha encontrado el principio de vida, el alma, el rescoldo vital, eso que no han podido encontrar nuestros políticos con toda su fanfarronada regeneración y salvación.

La regeneración desde abajo. Hé aquí el lema de la obra de Valdecarros. La miseria, el desecho, el desperdicio social, el pobre, el hambriento, ese es el llamado a regenerar esta sociedad. El mendigo, amando mucho y haciéndose amar mucho será la piedra fundamental de la sociedad naciente. A base de caridad se puede levantar una sociedad pujante e inmortal.

La caridad, saliendo del pobre y volviendo al pobre, creará esa corriente de sangre vivificadora que llene el corazón del mundo. En el mundo siempre habrá grandes y pequeños, ricos y pobres; pero esa existencia tiene que ser armónica. La armonía es patrimonio exclusivo de la caridad. Así lo entendió ese hombre, ese párroco desconocido para los grandes, pero muy conocido de los pequeños, de los pobrecitos. Hoy lo llaman el padre de los pobres; yo, sin quitarles a éstos su derecho de primogenitura, lo llamo el padre de los ricos también. Los ricos tienen la vida de la gracia por esa santa caridad que el cura de Valdecarros ha hecho nacer en sus corazones. O, lo que es lo mismo: el Cura de Valdecarros entiende clarísimamente que la vida de la sociedad tiene su base en los de abajo y que esos de abajo, amando mucho a los de arriba, lograrán ser amados por éstos, consiguiendo de este modo la regeneración de la sociedad.

ANSELMO Q. TAVERA.

La impresión de Valdecarros.

Después de un viaje de feliz compañía, y durante el cual la charla adquiere más y más fogosidad para hacer frente a un frío sideriano, arribamos a un puebleci-

to que merece de antemano nuestra simpatía.

Es un pueblo limosnero, de sanas costumbres, de hospitalidad grande y exquisita, donde no sólo el menesteroso encuentra consuelo a sus necesidades, sino el acomodado también alivio a las penalidades que los elementos le imponen por lo avanzado de la otoñada. Valdecarros... simpático lugar del partido de Alba que ha inmortalizado su nombre *el Apóstol de los mendigos*, un sacerdote ejemplarísimo que ha sabido encontrar y explotar el filón de la caridad dentro del alma de sus bondadosos feligreses y que ha repercutido en los ámbitos de toda la comarca que, propicia, se muestra a coadyuvar a la gran obra de dar de comer al hambriento, es un pueblo de aureola envidiable; y allí, don Luis González Huertos, tratando de aproximarse al milagro del pan y los peces, alimenta con sana y abundante comida, producto de escasos recursos, a los desvalidos que a sus puertas llaman, aunque para él reserve una escasísima ración que apenas pueda subvenir al sustento, alimentándole más lo que al pobre da.

La alta sociedad ignora estas cosas; la gran mayoría de las gentes no se percatan de que existen millares de pobrecitos con vacuos estómagos y organismos depauperados por falta de alimentos; pero esto no obsta para ver los teatros, los cines, las corridas, los espectáculos todos atiborrados del que pone en grave riesgo su alma antes que dar una limosna, que no enriquezará a empresarios pero en cambio aliviará una necesidad, quizá de un hambriento que, a más de hambriento sea enfermo.

Imitad a los rústicos y bonachones vecinos de Valdecarros, ayuda al apóstol de los mendigos en su meritísima y caritativa obra. Dios os premiará.

A. C.

Reapertura del Asilo.

Nunca, puedes creerlo, piadoso lector, me he visto más apurado que en la presente ocasión para hilvanar una crónica. Se trata nada menos, que de contar a los numerosos y piadosos lectores del *Mendigo*, las fiestas celebradas en el piadosísimo pueblo de Valdecarros con motivo de la reapertura del Asilo, de que es órgano este periódico: entusiasmo, cohetes, vivas, animación, y sobre todo, una gran dosis de caridad, todo se ha puesto a contribución para que dichas fiestas resultaran lo más lucidas y cristianas que puedes imaginarte. Con todas estas cosas, y más si consideras que aún persisten en el ánimo del cronista las impresiones recibidas, podrás formarte idea, lector amigo, de los aprietos del cronista para contar a todos los bienhechores del asilo lo mucho que se hizo en Valdecarros para honrar a los mendigos, a los pobres de Cristo que por primera vez, después de las imperiosas vacaciones del verano, volvían a la casa que la Divina Providencia les ha deparado en Valdecarros, merced al celo y fervor del párroco de dicho pueblo, don Luis G. Huertos.

Cualquiera que hubiera dado una vuelta por Valdecarros en los días que precedieron al 28 del pasado Octubre, habría notado que algo notable sucedía allí: todo el mundo se afanaba, todos los vecinos trabajaban, todos se movían, quien preparando arcos, quien limpiando la Iglesia, aquellos arreglando mesas, otros haciendo gallardetes, un una palabra, todos los habitantes ponían a porfía sus casas, intereses y personas en manos del párroco, que para todos tenía una palabra de aliento y gratitud, porque veía que todos trabajaban y endulzaban su trabajo con el precioso bálsamo de la caridad cristiana, hacia el pobre y menesteroso.

Llegó por fin el día 27, en que habían de comenzar las fiestas para la reapertura del Asilo: parte de la mañana se empleó en preparar y adornar el rico retablo del templo parroquial; si hubieras presenciado, como yo tuve la dicha de presenciarlo, aquellos trabajos, sin duda te hubiera llamado la atención una respetable señora que no se daba punto de so-

siego por que todo quedase lo más hermoso posible; yo, que la ví, puedo asegurarte, amigo lector, que jamás he visto cosa más cristiana, y por si no adivinas quién es esa señora que con tanto celo y amor trabajaba, yo, aun a pesar de exponerme a herir su modestia, te diré que era doña Remedios Huebra, que, con mil amores, había llevado flores, manteles, etc., para que el Amo pudiera ofrecerse a la contemplación de los mendigos, cantando esplendor y magnificencia. De su labor no ha de ser el crítico este pobre cronista, falto de gusto: la juzgaron ya muchas otras personas inteligentes y de buen gusto, y todos a una convinieron en que no se podía pedir más.

Convenientemente lavados y aseados los pobres, a eso de las cinco comenzó la función preparatoria: si elegante nos había parecido antes el adorno del altar, después de encendidas todas las velas nos pareció, y no creo exagerar, un pedacito de ese hermoso cielo tachonado de estrellas que nos gastamos por estas tierras de Castilla. Expuesto el Santísimo, se rezó el Santo Rosario y la oración de San José; después, el muy ilustre señor doctor don José Artero subió a la cátedra sagrada, y con toda la unción, galanura de frases y fervor a que nos tiene acostumbrados, animó a los mendigos para que recibiesen al Señor Sacramentado con todo respeto y amor; a cuyo fin hizo una exposición muy acertada de la parábola del Rey que hizo un banquete para festejar las bodas del príncipe su hijo. Rey que por haber sido despreciado por los nobles y magnates de su reino llamó al banquete a los pobres, a los desheredados.

Los niños, dirigidos por sus dignísimos maestros, cantaron preciosos motetes durante la bendición con el Santísimo. La mayoría de los vecinos del pueblo, que religiosamente habían asistido a la función, se retiraron del templo mientras los mendigos se trasladaban al Asilo.

Una vez colocados todos y bendita la mesa, arremetieron con unas ganas, con un ardor, que para sí quisieran muchos de los beligerantes, contra unas fuentes humeantes, que despedían un olorillo tan rico, que parecían

decir, como vulgarmente se afirma: ¡¡*comed mell!* y no era para menos; pues hay en el Asilo un jefe de cocina, que de unas lentejas y un poco de arroz sabe hacer un menú, que ni en el hotel más aristocrático del mundo; excuso decir que este banquete fué convenientemente *humedecido*, por miedo al subido calor que desarrollaron los pitillos de a *cinquenta* con que se obsequió a los mendigos al fin de la cena.

El día 28, desde por la mañana temprano, fué incontable el número de personas que se acercaron a recibir los Sacramentos de la Confesión y de la Comunión. Los enfermos también tuvieron la dicha de ser visitados en sus propios lechos por el Rey de los Reyes. Después de recibir a los forasteros, a las ocho y media, celebró la misa de Comunión general el Párroco y fundador de la obra de la evangelización de los mendigos. El doctor don Bienvenido Romo, enfervorizó a los pobres en sentidos fervorines, exponiendo como la Sagrada Comunión es la bendición paternal con que Cristo Redentor, padre de los mendigos, regala y obsequia a los pobres que a El se acercan con fé y con amor. El acto de la Comunión de los mendigos fué un acto tan tierno y tan conmovedor, que, por más que estrujo mi entendimiento, no puedo encontrar palabras para describirlo, y es que escenas tales se sienten y no se expresan; imaginaos, por una parte los mendigos, limpios, sí, pero trajeados de una manera pobrísima algunos tullidos e imposibilitados y por otra, Jesús, Rey Divino, que entre nubes de majestad, nimbos de gloria, saludado y aclamado por las angelicales voces de los niños, pasa de las manos del santo fundador a los pechos de aquellos séres, a los que el mundo tiene por la escoria de la sociedad, pero a los que Cristo regala con el dulce nombre de hijos predilectos; pensad y considerad todo eso, y yo os reto a que describáis, si podéis, el acto de la Comunión de los mendigos.

Con no menos apetito que la cena, tomaron los mendigos el desayuno, consistente en un plato de lentejas y arroz con pescado, más un torrezno, vino y cigarrillos.

Un repique de campanas y el

disparo de cohetes, a las once, anunciaron la llegada de una segunda expedición, compuesta de distinguidos caballeros salmantinos. Inmediatamente comenzó la misa solemne, que celebró el doctor don Bienvenido Romo, asistido de don Matías Monzón y el señor párroco de Larrodrigo. En ella predicó un brillantísimo sermón el profesor de Derecho canónico de la Universidad, doctor don Teodoro Andrés; todo él fué un canto sublime a la caridad, vínculo de perfección, que trae a a Dios hasta el hombre y sube a éste hasta Dios; en párrafos brillantes y fogosos, expuso cómo el amor, la caridad movió a Dios para dar al hombre todo lo más que podía darle, hasta darse a sí mismo por amor a las criaturas; y cómo también la caridad es la que va, poco a poco, elevando al hombre hasta unirlo a Dios, en una unión tan íntima, como es la de la sagrada Comunión.

Terminada la misa, el Asilo fué invadido por los mendigos, por los forasteros y por los vecinos del pueblo; después de colocados los mendigos, se les sirvió una comida que en nada desmereció de las ya servidas anteriormente y los pobres devoraron con sin igual apetito una riquísima sopa de fideo, un plato de cocido con verdura, una ración de chorizo y tocino, entremeses y postres, platos todos que fueron pasando a tragos de un *vinillo* superior. Si a lo abundante y bien condimentada de la comida, se añade el que todas las señoras y señoritas, tanto forasteras como del pueblo, se disputaban el servir a los pobres, se comprenderá la buena cara que se observaba en aquellos cien mendigos que, gracias a la caridad cristiana, comieron aquel día de un modo tan excelente. Por eso no es extraño que de los labios de todos aquellos mendigos no salieran sino frases de agradecimiento y que, en representación de todos ellos, el célebre tío *Consagra* pronunciara un discurso, que bien quisiera yo poder transcribir íntegro; pero bástete saber, lector amigo, que bien podía haber sido pronunciado por cualquier orador de esos que gozan fama de tales. A continuación, en obsequio a los forasteros, y como muestra de agradecimiento, otro mendigo, el

tío Zoilo, nos dijo una relación en honor de la Virgen, muy cristiana e impregnada de un candor y una sencillez que encantaban. No hay para qué decir que tanto el discurso como la relación fueron coronadas con unas ovaciones estruendosas, que mostraban bien a las claras, que aquellos dos pobres, aun en medio de su rudeza, habían acertado al interpretar los sentimientos de gratitud de todos sus compañeros.

Todos los forasteros recorrieron el pueblo y visitaron los enfermos, hasta que llegó la hora de la función de despedida, que se celebró a las cuatro de la tarde. El grandioso templo se encontraba atestado de fieles, pudiéndose decir que acompañando a los mendigos se hallaban todos los vecinos del pueblo con las autoridades a la cabeza.

Rezado el Santísimo Rosario, el infatigable don Guillermo Monzón, pronunció cortas frases para dar las gracias a todos en el nombre del Párroco; estuvo felicísimo en todo su breve discurso, enalteciendo el ejemplo dado por las autoridades del pueblo, y animándolas a empuñar con energía la vara de la justicia; fustigando, a la vez, con calor el vicio que corroe la sociedad actual; elogiando la conducta de las damas salmantinas y albenses como la de los caballeros que, dejándolo todo, habían accedido a honrar en los mendigos al *Pobre* del Sagrario, terminando con una invocación a Jesús Sacramentado, para que la obra de la Evangelización de los mendigos crezca y se multiplique de día en día.

Con pena del alma abandonamos, después de recibir la bendición con el Santísimo, dada por el señor Arcipreste de Alba, don Matías Monzón, la Iglesia donde tanto habíamos gozado aquél día, dedicado todo al ejercicio de la caridad en cristiano y a lo cristiano.

Perdonen los lectores si el cronista no ha sabido desempeñar su cometido; conste que no he tomado este encargo sino cediendo a reiteradas instancias de persona cuyas insinuaciones son para mí ineludibles mandatos; y para terminar, sólo diré, que todo aquel

que quiera aprender lo que es ejercicio de la caridad para con el pobre, puede pasarse por Valdecarros, donde creo encontrará un

Apóstol de la caridad, don Luis G. Huertos, que llenará cumplidamente sus deseos.

B. R.

SONATA DE OTOÑO

Dad y se os dará...

Cual fúnebres crespones, de pompas funerales, tendieron ya sus velos las nieblas otoñales, vistiendo con un manto de duelo y de tristura la inmensa perspectiva del árida llanura, silente y misteriosa, austera y solitaria... do suena, como un eco de mística plegaria, el soplo de las auras y el son de las esquilas en la quietud solemne de estas noches tranquilas.

Llegádose ha el otoño, sin sol y sin amores... De todos los pensiles, marchitas ya las flores, juguete son del viento, cual fúnebres despojos de la natura muerta, coronada de abrojos.

¡Qué triste está el ambiente!.. ¡Qué inmóvil el paisaje dormido entre la bruma, cual mar sin oleaje!..

Todo duerme y reposa en soñolienta calma. ¡Parece que la vida se ha quedado sin alma!

Romeros de venturas, que vais en romería cantando vuestras glorias con dulce sinfonía... ¡Dichosos de la tierra, los que, en dorada cuna, nacisteis prohijados del bien y la fortuna, si, al paso de la vida, cruzáis por el desierto, buscando los placeres, como el marino el puerto, al ver en las arenas candentes del camino al paria miserable, doliente peregrino, desnudo y andrajoso, que va sin luz ni guía, llorando sus dolores con triste sinfonía... Antes que caiga al suelo, tendedle vuestra mano, con la piedad bendita del buen Samaritano.

Si, en las oscuras noches de hielo y de rocío, ayuno y desolado, tiritando de frío, el paria miserable llamare a vuestra puerta, ¡haced, ricos del mundo, por que la encuentre abierta, y dad vuestra limosna al pobre vuestro hermano, con la piedad bendita del buen Samaritano!.. que, Dios, cuando llegareis al fin de la jornada, tenderos ha la mano, con paternal mirada, y, cuando, al fin, llamareis a las eternas puertas, las puertas de los cielos, de par en par abiertas tendréis para vosotros, los que, al cruzar la vida, disteis pan al hambriento, y al alma dolorida consuelo en el dolor: porque benditos fueron los que en su Nombre augusto al pobre socorrieron, y la limosna es prenda de eterna bienandanza para el que siembra bienes de amor y de esperanza.

ANDRÉS RUBIO POLO.

Salamanca, 13 de Octubre de 1917.

Imp. de «El Salmantino»